

SEMBLANZA DE MANEL  
ALBERT CAÑAGUERAL REY  
Periodista

El día en que conocí a Manuel L. Abellán no fue un día cualquiera. «Es un profesor español de la Universidad de Amsterdam que acaba de publicar un libro sobre la censura franquista y da para mucho», me había dicho un colega periodista por teléfono desde Barcelona. Toda una invitación a ponerme rápidamente en contacto con aquel personaje y concertar una cita para hacerle una entrevista en su propia casa de Monnickendam, un antiguo pueblo de pescadores situado en la provincia de Holanda del norte. Debo reconocer que no sabía nada sobre él y su obra. Por aquel entonces, yo vivía en La Haya en tiempos donde aun no existía internet.

Al menos, estaba al tanto de la política censoria bajo la dictadura, bastante familiarizado con la Ley de prensa e imprenta decretada en 1966 por Manuel Fraga Iribarne, a la sazón ministro de Información y Turismo. «Libertad para mantener limpia España, no para mancharla», celebró el ministro su ley Fraga, conocida también como el artículo 2, por estar inspirada en el artículo 2 del Fuero de los Españoles que proclamaba: «Todo español podrá expresar libremente sus ideas mientras no atenten a los principios fundamentales del Estado.» Así, se levantó la censura previa dejando en manos del gobierno la facultad sancionadora, aplicable de inmediato, desde el secuestro de las publicaciones hasta la suspensión, incluso la inhabilitación a cualquier periodista con más de dos sanciones. Poco se iba a imaginar el profesor Manuel L. Abellán que años más tarde acabaría topándose con Fraga, ya presidente de la Xunta de Galicia, y su memoria legendaria. «El de la censura», le reconoció el político. La réplica del historiador tuvo más miga: «No. El de la censura es usted.»

¡Qué historia la de aquel día de finales de un verano casi tropical de 1981! De entrada, nunca dije: «Manolo, presiento que este es el co-

mienzo de una hermosa amistad.» Solamente me encontraba a media mañana a las puertas de una casa como de cuento del siglo XVIII frente a un hombre a lo Bogart (es un decir), aunque sin americana, con pinta de galán de cine en blanco y negro, gafas de sol, bigote frondoso, nariz algo chata, voz bien timbrada y cigarrillo entre los dedos. No hizo falta andarse con remilgos. Hubo buena sintonía a las primeras de cambio. Como si nos conociéramos de toda la vida, me llevó al jardín trasero en el que estaba Connie, su mujer holandesa, embarazada de cuatro meses. Aquel día, que acabó de noche sin haber hablado de la censura, eso sí: bien comidos, mejor bebidos y casi afónicos, empezó a tejerse una suerte de amistad fraternal entre nosotros que iría más allá del final de su vida.

Al día siguiente, volví de buena mañana a casa de Manuel L. Abellán y Connie para ver si podíamos hacer la entrevista que no fue posible. Manuel ya era Manel. Y su libro, titulado *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*, tampoco me era ajeno. La noche anterior había salido de Monnickendam con un ejemplar de su obra bajo el brazo, aunque apenas pude leer unas pocas páginas antes de caer rendido de sueño. En el intercambio de recuerdos sobre nuestro mundillo barcelonés quedó claro que, pese a la década de diferencia en cuanto a edad, teníamos muchas cosas en común. Éramos gente de barrio con identidad propia de pueblo. «Soy de la Barceloneta», certificó él. «Soy de Sant Andreu», alegué yo. Pero ambos optamos por *tocar el dos* de España cuando nos tocó la hora de hacer el servicio militar obligatorio.

El segundo día de nuestra cita, no menos soleado que el anterior, fuimos directos al grano de la censura sin dejar de lado las buenas artes del picoteo y la bebida, mayormente vino tinto, todo ello culminado con una botella de cava brut para rematar la faena, ya de noche cerrada. En medio de la oscuridad tenebrosa del fenómeno censorio, Manel tomó la palabra y no la soltó hasta que me hubo iluminado claramente la historia de una infamia. Con la lección bien aprendida hice una larga entrevista-reportaje, que salió en portada de una revista española con un titular la mar de llamativo: «Yo bajé a los sótanos de la censura y lo he fotocopiado todo», frase nunca dicha así, literalmente, por el entrevistado, en vez del mucho menos amarillista «Viaje a los sótanos de la censura», propuesto por el periodista.

Manel tuvo una vida agitada. En 1960, se alejó de su Barceloneta querida donde había crecido y vivido con su familia en un *quart de casa*, como así se llamaban las viviendas que tenían entre 26 y 35 m<sup>2</sup> de extensión, hoy pasto de los fondos buitres. Se fue con 300 pesetas en el bolsillo y llegó a Port-Vendres huyendo del mal sueño de la mili. Pronto descubrió algo esencial: «En Francia, había un exilio que no era mi emigración voluntaria. Un exilio republicano que se integró en la sociedad francesa tanto social como políticamente, ya que rehizo su vida y participó en la resistencia contra el nazismo.» El exilio y la memoria histórica nunca dejaron de dar vueltas en su cabeza. Más de una vez se lamentó con amargura: «Un pueblo que olvida su pasado no tiene futuro.»

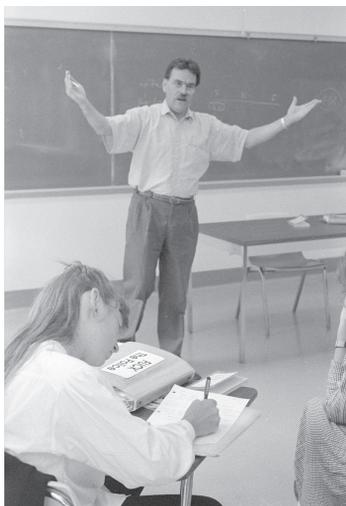
Aquel joven rebelde hizo carrera en París: en 1964 se especializó en sociología del desarrollo cooperativo y comunitario, ejerciendo la profesión dos años más tarde en la Universidad de Valencia en Venezuela. En 1970 puso una pica en Flandes, aunque fuera en los Países Bajos, primero en la Universidad de Groninga y luego en la de Ámsterdam, dedicándose a la sociología de la literatura y a la historia de la cultura. En solo dos días al aire libre me desgranó una parte de su vida y obra, ante el asombro de los vecinos del jardín de al lado, nada acostumbrados a semejante espectáculo de darle al pico. El fenómeno censorio dio para mucho. Y el encuentro con Manel también.

El investigador Manuel L. Abellán no andaba a medias tintas. Acaso a ritmo de bolero, de cuya letra y música gustaba, supo golpear más rápido que nadie. Dio el do de pecho, con cierta perfidia incluida, a la hora de ingeniárselas para sortear la censura y penetrar en ella hasta el fondo del armario. «Yo fui el primero en entrar en los archivos censorios en 1976 y fotocopiar todo lo que pude», solía repetir lejos de cualquier vano alarde. Sedujo a quien tocaba, ministro, secretaria o bedel de turno, con tal de llegar a reunir pruebas de la infamia. La publicación de su libro fue una bomba de relojería retardada a la sombra del bombazo del golpe de Estado de febrero de 1981. El asalto militar al Congreso no pudo con el efecto Abellán. Parecía estar a prueba de golpes. En su batalla particular por recuperar la memoria histórica estaba dispuesto a no arredrarse ante nada ni nadie. Tenía bien presente la actitud belicosa de algunos demócratas de toda la vida

que veían con malos ojos cualquier intento foráneo de tocar el tema de la censura franquista y desenmascarar a los censores.

Para muestra, un botón. La sección de español y catalán del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Ámsterdam llevaba preparando desde 1974 un estudio sobre la relación entre censura y literatura durante los años 50 y 60. Se hizo un primer cuestionario enviado por correo en otoño del mismo año a 62 escritores catalanes. «Solo respondió la mitad de los encuestados, pero la encuesta nunca fue publicada», me diría Manel tiempo después de nuestro primer encuentro. Quien sí metió cucharada sin haber sido invitado fue el escritor y periodista vallisoletano Francisco Umbral. En la columna «Crónica de Madrid» de la primera semana de junio de 1974, distribuida por la agencia Colpisa a varios diarios españoles, dio cuenta de la recepción de una carta de Ámsterdam en «mi buzón tan politizado», permitiéndose el lujo de ver los toros desde la barrera: «Todo esto viene a cuento de que, aunque se haya cerrado Ruedo Ibérico, la universidad de Ámsterdam y otros núcleos masones y antiespañoles en el mundo se proponen no dejarnos en paz y ahora va a salir ese informe sobre la censura de libros en España.»

El profesor salió por la puerta grande a caballo de la memoria histórica y el articulista, aconsejado por el escritor Miguel Delibes: «A la censura hay que darle mucha carnaza para que, aunque quite cosas, siempre quede algo», pasó graciosamente del arribismo al dandismo cheli. Abellán se puso el mundo —mejor dicho: la censura— por montera y amargó la vida a más de un mediático que se las daba de listillo. En el programa radiofónico de mayor audiencia de España, el «Costa a costa» de Radio Nacional, el locutor Luis del Olmo preguntó de manera insensata: «¿Cómo ve un profesor como usted la propuesta del Nobel de Literatura para Camilo José Cela?» Huelga decir que la respuesta del profesor dejó muda a la estrella de las ondas, muy en la línea de la que me había dado en cierta ocasión propicia: «Sería el colmo que llegáramos a tener un Nobel que ha sido un represaliador de la libertad de expresión, un censor de revistas.» Del Olmo pasó de inmediato a otro tema. El arribista Cela continuó haciéndose el sueco hasta colmar su egotismo con el premio Nobel.



*En la Universidad de Berkeley (1992).*

*Foto: Albert Cañagueral Rey*

Abarcar treintasete años de régimen censorio en un libro de unas trescientas páginas resultó ser una empresa titánica en la que Manel tuvo que practicar investigaciones sobre un terreno minado antes de ponerse manos a la obra, culminada por Connie, su mujer, «que ha mecanografiado y corregido contra viento y marea». El tiempo ha puesto la obra en su lugar, como libro de culto, canónico, por mucho que suene a sagrada escritura. A lo largo de los años 80 y 90, embarcado en sus conocimientos históricos y sociológicos, organizó simposios y mesas redondas internacionales sobre cultura y literatura peninsulares en Ámsterdam. Viajó también a Estados Unidos donde impartió clases en la universidad de Nebraska-Lincoln y la universidad de California, en Berkeley. Su fama de investigador del fenómeno censorio le llevó a hacer bolos, por decirlo artísticamente, como conferenciante en las universidades de Nueva Orleans (Luisiana) y Carolina del Norte (Chapel Hill).

Recuerdo en especial el congreso internacional del 8 y 9 de junio de 1989 bajo el título de «Medio siglo de cultura: exilio, franquismo y

democracia» con la intervención de ponentes de América y Europa. Una vez más, se mostró preocupado por «este país anegado en la temporalidad de lo actual que no acaba de recuperar su memoria histórica ni sienta bases sólidas para el futuro». Y aventuró la siguiente hipótesis: «Lo aberrante de la democracia es que nos haya hecho recuperar la libertad y esa libertad ha conllevado la total indiferencia por el pasado histórico inmediato.» Uno de los ponentes, el escritor y periodista Manuel Vázquez Montalbán, cargó contra la posmodernidad: «Esa tentación omnipresente de decir que la historia ha terminado.» Como no podía ser de otra manera, hizo suya la vía Abellán: «Escribir la verdad sobre una época significa escribirla ahora por quienes la han vivido.»

Igualmente significativo fue su paso por otro congreso celebrado en Valencia y Segorbe del 13 al 17 de diciembre de 1993 en homenaje al escritor Max Aub, muerto en el exilio mexicano en julio de 1972. De nuevo, con su tema estrella de la recuperación de la memoria histórica, siempre presente en los debates y las charlas con el centenar de investigadores universitarios de Europa, Latinoamérica, Estados Unidos y Canadá, que se dieron cita en aquella conferencia magistral titulada «Max Aub y el laberinto español». «Que daño no me ha hecho, en nuestro mundo cerrado, no ser de ninguna parte», se exclamaba Aub entre dos realidades, la de ser escritor español y escritor valenciano, que «además de parecerme bien, es verdad». Con los pies por delante, Manel se adentró otra vez en las entrañas de la gallina ciega del exilio y se vio reflejado en el laberinto mágico del escritor valenciano, que solía decir: «Se es de dónde se hace el bachillerato.»

En la primera mitad de la última década del siglo xx, Manel vio llegada la hora del retorno a su tierra de origen mediterráneo. Corrían tiempos de burbuja inmobiliaria y a una mente en ebullición como la suya le sulfuró tanta mezquindad chapucera. «Menudo país de chorizos», sentenció en una ocasión, harto de buscar de manera infructuosa el lugar para vivir la jubilación en paz. Todo un especulador del ramo quiso venderle una masía supuestamente gótica, casi en ruinas, a precio de oro. Así que optó por la retirada sin ganas de seguir combatiendo. Pronto, en 1994, obtuvo su premio gordo al otro lado de la frontera, cerca de Portbou y la Jonquera. Una casa con vistas y jardín

embosquecido en el llamado Valle Feliz, a las afueras del pueblo de Sureda y a los pies del Puig Neulós (1.256 m), el pico más alto de la sierra de Albera. Bien situada en el corazón de la memoria histórica: junto a un antiguo camino de contrabandistas y exiliados españoles de la guerra civil.



*En el despacho de casa, en Sureda (2008).*

*Foto: Albert Cañagueral Rey*

En 1999, Manel y yo emprendimos algún que otro corto viaje por los caminos fronterizos de la comarca del Alt Empordà donde las rutas del exilio español parecían a punto de cobrar interés turístico. «Nada recuerda ni rinde homenaje a las víctimas republicanas», constató Manel antes de añadir lo siguiente: «En España, seguramente gracias a la naturaleza de la —digamos— ejemplar Transición española, los únicos monumentos erigidos y mantenidos son los franquistas. Una transición donde todo comienza de nuevo sin que haya cambiado nada.» Lo tenía claro: «Esto explica el desinterés oficial por la recuperación de la memoria histórica. El olvido y la negligencia con la memoria del exilio es el precio de la Transición.» Algo parecido a lo que ocurría con el «casi genocidio del franquismo respecto a la cultu-

ra catalana», en palabras suyas, «que continúa sin ser estudiado por causa también de la apatía, la indolencia y los intereses estrictamente económicos».

Siguiendo en los mismos caminos de frontera, otro día cruzamos el puente sobre el río Major, en Albanyà, y ante nuestros ojos apareció una placa conmemorativa de su inauguración por el presidente de la Generalitat, Jordi Pujol, en 1995. Un poco más adelante, a la entrada del pueblo francés de Coustouge, una especie de menhir monumental recordaba a los 70.000 republicanos que pasaron por allí, camino del exilio, huyendo del franquismo. «Es incomprensible que a casi veinticinco años vista de la desaparición de Franco, el gobierno de la Generalitat no se haya decidido a rendir el homenaje que se merecen todas aquellas víctimas de la Guerra Civil», resumió Manel a la perfección el estado de estupor que nos embargaba.

Desde su lugar de retirada, contemplaba a suficiente distancia las cosas del otro lado sin perder su sentido crítico. Tenía a su alcance el mercado de Figueres, la escapada a Barcelona, incluso el bar de Portbou para ver el partido del Barça en televisión. Aquel profesor que ponía el acento en tener las ideas claras y precisas, tal como quedó reflejado en su libro sobre la censura, se hacía cruces del guirigay reinante en un país de charlatanes de medio pelo. A un polemista temible de su talla, practicante de la duda metódica y el proceso dialéctico, tanta miseria intelectual le sacaba de sus casillas. Como buen epicúreo, tenía conocimiento y opinión. Si era preciso, recurría al sofisma para llevar su razonamiento hasta el agotamiento del adversario. Nada mejor que vino tinto y cava brut para gozar del placer de una charla casi interminable, como aquella del primer día en que le conocí. Con el tiempo, aprendí a callar cuando Manel, después de liar ceremoniosamente un pitillo, levantaba con suavidad el dedo índice para afirmar en neerlandés: «Dat is pertinent niet waar», algo así como «Ese argumento sobra y no es aquí pertinente». Tocaba escucharle y dejarse de historias.